

La inteligencia artificial y el futuro de la humanidad

CÉSAR SILVA SANTISTEBAN

Todo parecido con la ficción es realidad, y viceversa.

—Gauderes

Se me ocurre que bien podríamos empezar notando que, sea o no de forma explícita, al hablar de inteligencia artificial (IA) oponemos una idea de inteligencia natural. Históricamente, a esta se la ha vinculado con el nacimiento de las estrellas y la formación de las galaxias, con la interacción incesante entre moléculas inorgánicas y compuestos orgánicos, con la termodinámica de la biósfera y la adaptación de los seres vivos o con el comportamiento de los animales supeditados a su medio ambiente y la aptitud de muchos mamíferos para jugar, es decir, con todo aquello que muestra procesos físicos y químicos que, ocasionalmente, pueden facilitar el surgimiento de una aparente autonomía de objetos y entes orgánicos, en el marco de una necesaria interdependencia. De aquí que a la mayoría de personas no les parezca rara la idea de un diseño inteligente del universo, al que los antiguos griegos dieron a llamar, por eso mismo, *cosmos*, cuya etimología invoca las ideas de ornamento, totalidad, armonía y orden.

Al respecto, y para orientarnos mejor en el problema, le preguntamos a uno de los modelos de IA, el ChatGPT4, qué entendía por el término *inteligencia*. Su respuesta fue: “La inteligencia es un concepto complejo y multifacético que, debido a sus diversas interpretaciones y manifestaciones en diferentes contextos, puede resultar arduo de definir con precisión. Sin embargo, generalmente se entiende como la capacidad de adquirir, procesar y aplicar conocimiento de manera efectiva para resolver problemas, adaptarse a nuevas situaciones, razonar abstractamente y aprender de la experiencia”. Hasta aquí, lo dicho también se ajusta al desempeño de una IA de nueva generación, la denominada IA generativa o IA fuerte, en oposición a la IA débil, representada por Siri o Alexa, que solo resuelve problemas específicos en un dominio concreto y limitado.

El parámetro que nos sirve para tentar un concepto global de inteligencia es, desde luego, antropomórfico, pese al sinnúmero de excepciones y desajustes en nuestra especie. El mismo ChatGPT4 lo reconoce: “Es esencial reconocer que la inteligencia no es un rasgo fijo, sino más bien una compleja interacción de predisposiciones genéticas, influencias ambientales, educación y experiencias de vida. Además, existen diversas teorías sobre la inteligencia”. En general, los tratados, enciclopedias y artículos académicos de los que se nutre la IA para hablarnos sobre el término, compilan estos aspectos asociados con la inteligencia: 1) la habilidad de resolver problemas; 2) pensamiento crítico; 3) aprendizaje y adaptación; 4) memoria; 5) creatividad y 6) entendimiento social y emocional.

¿La IA generativa cumple hoy con todos estos requisitos? Creemos que, por lo menos, cumple bien con cuatro de los seis referidos. Los dos restantes, la creatividad y el entendimiento social y emocional, exigen la base de una peculiar sensibilidad que, por ejemplo, da espacios a lo que llamamos empatía, compasión, sacrificio individual, pasión, amor o rebeldía. Es decir, una amplia gama de disposiciones que bien podrían señalarse como irracionales o que no son derivaciones lógicas de la racionalidad. Un asunto que resume el primatólogo Franz de Waal en el inicio de su libro *Our Inner Ape*, en el que menciona un viejo y hartado citado proverbio: “Uno puede sacar al mono de la jungla, pero no a la jungla del mono. Y esto se aplica a nosotros, los monos bípedos”. Un dictamen que sin duda deprime a mucha gente, excepto, por lo que se ve, a los primatólogos.

Esto nos permite considerar la cuestión de la irracionalidad desde otro ángulo. No desde el punto de vista clásico, que se puede resumir en lo que Bertrand Russell puso en un artículo de su libro *Unpopular Essays*: “El hombre es un animal racional —al menos eso me han dicho—. A lo largo de mi larga vida he buscado diligentemente evidencia a favor de esta afirmación, pero hasta ahora no he tenido la suerte de encontrarla”. ¿Cómo no estar de acuerdo con Russell al respecto? Sin embargo, nada nos impide mirar la irracionalidad desde un ángulo favorable o, al menos, sin desacreditar el valor que en incontables circunstancias tiene. Por ejemplo, parece que el enamoramiento humano rara vez sigue los consejos de la lógica y que las artes en general, además de un persistente esfuerzo de concentración, suelen nutrirse de una primitiva y oscura cantera de ensueños. En este sentido, pensamos que el aria de la Reina de la Noche no habría surgido —ni nada memorable en toda la ópera *Die Zauberflöte*— sin un volcán repleto de alucinaciones sonoras ardiendo en el cuerpo de Mozart.

Ahora bien, hasta hoy la IA generativa se refiere a la simulación de procesos de inteligencia estrictamente racionales. Esta simulación abarca varios subcampos,

incluido el aprendizaje automático, el procesamiento del lenguaje natural, la visión por computadora, la robótica, los sistemas expertos en producción de imágenes hiperrealistas y más. Pero las distintas teorías destacan otras formas de inteligencia, basta con citar solo tres de ellas harto publicitadas: la inteligencia general o factor g, la teoría de las inteligencias múltiples y la inteligencia emocional.

Quizá la siguiente cuestión sobre la que podemos especular es: ¿podrá, entonces, la IA generativa adquirir, tarde o temprano, las propiedades creativas y de entendimiento emocional y social necesarias para equipararse con la inteligencia humana? En la actualidad, la respuesta es estrictamente imaginativa, aunque el trabajo interdisciplinario entre neurobiólogos e ingenieros de diseño de IA está encaminado a lograr el equivalente de redes neuronales en los sistemas de programas y reglas informáticas. Las anunciadas supercomputadoras cuánticas, que intentan usar los fundamentos de los paquetes de energía o cuantos propuestos por Max Planck, no solo podrían llevar a cabo tareas asombrosamente más rápidas que las mejores computadoras convencionales (un ejemplo: la supercomputadora cuántica china Jiuzhang 2.0 se promociona como un septillón de veces más potente que la computadora más rápida del mundo); también serían capaces de integrar sistemas de autoorganización que evolucionan con el tiempo, y de remedar exponencialmente las características más íntimas de las redes neuronales humanas. Así pues, no resulta descabellado figurarse la próxima existencia de una IA que sea capaz de soñar e incluso de experimentar cierta conmoción primitiva.

Con todo, el problema fundamental, ahora mismo, son los riesgos del uso político, tanto de la IA generativa como de la IA débil. Acerca de este asunto, la periodista María Ressa (premiada con el Nobel de la Paz en el 2021), desde hace años sostiene que el empleo de la IA en las plataformas de redes sociales crea ambientes de insidiosa manipulación. Lo dice porque dichas plataformas funcionan como sistemas de modificación de la conducta, cuyos diseños impulsan periodos de atención más breves y tienen el efecto de crear y legitimar adicciones. Más aún: de acuerdo con el Massachusetts Institute of Technology (MIT), la conducta tribal promovida por las redes sociales permite que las noticias falsas se difundan al menos seis veces más rápido que los hechos, pues empobrecen diametralmente la competencia de contrastar las referencias, integrarlas y elegir. De manera que, a la postre, todo aquello que define a la inteligencia humana se deteriora y da paso al sometimiento.

En consecuencia, si continuamos embruteciéndonos, quién sabe si merezcamos que la siguiente era del planeta sea dominada completamente por la IA. Al respecto, pedimos el parecer del ChatGPT4 y este nos contestó con diplomacia. Dijo que, aunque aún no tenía opiniones personales, bien podía ofrecernos algunas ideas

sobre la cuestión. En suma, dijo: “a) Sin humanos, los entornos naturales podrían potencialmente recuperarse y prosperar; b) sin humanos, las emisiones de gases de efecto invernadero se reducirían drásticamente, mitigando potencialmente los peores efectos del calentamiento global; y c) sin humanos, el actual evento de extinción masiva podría potencialmente detenerse, permitiendo que los ecosistemas se estabilicen”.

Bastante inteligente, ¿cierto?